

simplemente á establecer un gobierno liberal, se extravió al impulso de las circunstancias, hasta el extremo de instalar una república incompatible con las ideas, sentimientos y costumbres predominantes en la sociedad. Hubo que retroceder, y en este retroceso, á la restauración legitimista y á la restauración orleanista fué preferido el Imperio, ya por significar una tendencia más liberal que aquellas, ya por el brillo de su tradición. Bien mirado, hubo en el cambio progreso efectivo, por representar el segundo Imperio un estado de transición de la monarquía á la República.



## CAPÍTULO CUARTO

La contra-revolución en Italia y en Alemania.

Los trastornos acaecidos en Roma y en Florencia dieron á la revolución italiana interés europeo. Imposible que los Estados monárquicos contemplasen con indiferencia la aparición de dos nuevas repúblicas, que eran un peligro para los tronos; imposible que las potencias y las personas católicas, que consideraban el poder temporal como condición necesaria de la independencia del soberano Pontífice, tolerasen la destitución de Pío IX. Debilitada ya por las torpezas y divisiones de sus defensores, la causa democrática no podía menos de sucumbir en todas partes, por la intervención ó la hostilidad del extranjero. Donde primeramente feneció fué en el reino de Nápoles, cuyo monarca Fernando II, envalentonado con la noticia de la victoria de Austria en el norte, rompió el armisticio concluído con el gobierno revolucionario de Sicilia en Septiembre de mil ochocientos cuarenta y ocho. Su general Filangieri se puso en movimiento contra los voluntarios sicilianos que mandaba el polaco Mieralowski; el cuatro de Abril de mil ochocientos cuarenta y nueve, se apoderó de Taormina; el seis, de Catana, y el ocho se presentó delante de Palermo, que hubo de capitular el quince de Mayo, después de encarnizada resistencia. Sometida Sicilia, el régimen absolutista quedó restaurado en todo el sur de Italia.

Quedaban en pie tres repúblicas: Venecia, Roma y Florencia. Esta última fué la primera en caer, por las faltas de sus jefes, en particular de Guerazzi, á quien la Asamblea constituyente, reunida el veinticinco de Marzo, confiara la dictadura. Guerazzi usó del

poder no más que para conservarlo: se rodeó de voluntarios libonenses, que con su indisciplina concitaron la animadversión del pueblo, y provocó con sus torpezas, en la capital y en el campo, una doble insurrección monárquica, que duró los días once y doce de Abril. El Ayuntamiento de Florencia, compuesto de liberales constitucionales, se hizo cargo del gobierno en nombre del Gran Duque, á quien suplicó regresar. Leopoldo II volvió, en efecto, pero precedido de diez y ocho mil austriacos, que ocuparon á Florencia y Liborna el doce de Mayo, y á la sombra de los cuales, faltando á sus promesas, suspendió el Estatuto y encarceló á los principales jefes del partido democrático. Así se llevó á cabo en Toscana la restauración, merced á una perfidia, pero sin efusión de sangre.

En cambio, corrió abundante en Roma, por la circunstancia de reunirse en la Ciudad Santa los defensores y los adversarios de la joven república. En Roma se dieron cita todos los jefes del partido democrático italiano, expulsados de su patria por la reacción: Mazzini, reducido á un papel secundario en los sucesos de mil ochocientos cuarenta y ocho y que hallaba por primera vez un campo de acción favorable á sus ideas; Garibaldi, joven general genovés, popular ya por sus brillantes combates contra Austria; multitud de voluntarios, en fin, de Florencia, de Génova ó de Sicilia, que iban á defender en la gran ciudad el último baluarte de la independencia nacional. Todos estos proscriptos alimentaban el entusiasmo del pueblo y excitaban el celo de la Constituyente, que disponía grandes preparativos de defensa y delegaba el poder ejecutivo á un triunvirato, compuesto de Mazzini, Zalli y Armellini. Frente á los amantes de la libertad, los defensores del absolutismo. Pío IX no se dormía, y hallaba sin esfuerzo aliados. El diez y ocho de Febrero dirigió á las potencias católicas una nota colectiva, pidiéndoles su concurso «para libertar el Estado de la Santa Sede de una facción de miserables y conservar á su sucesor el patrimonio que había recibido.» Austria, Francia, España y el reino de Nápoles respondieron á su llamamiento; pero no lograron entenderse en la conferencia de Gaeta, que se abrió el primero de Abril, acerca de los términos de la intervención. Dióse el raro caso de que la corte pontificia, que pedía socorro, pretendía dictar condiciones á sus protectores. ¡Y qué condiciones! Los consejeros de Pío IX pretendían que la revolución romana, las mismas libertades otorgadas por el Pontífice, se considerasen como hechos no acaecidos, siendo el principal representante de esta intransigencia radical el cardenal Antonelli, cuya influencia en el ánimo de Pío IX era ya omnipotente.

Viendo á Austria decidida á obrar sola, Luis Napoleón, presidente ya de la República francesa, resolvió ganarle la mano para evitar que adquiriese una influencia preponderante en el centro de Italia. A este fin, desembarcó en Civita-Vecchia, el veinticinco de Abril de mil ochocientos cuarenta y nueve, según digimos en el capítulo anterior, el general Oudinot, al frente de siete mil hombres, con los cuales se presentó delante de los muros de Roma, esperando ser recibido como libertador; mas fué tratado como enemigo y recha-

zado. Claramente mostró con esto la República romana su propósito de no consentir ninguna intervención. Vano empeño. Sus fronteras fueron á los pocos días invadidas: al norte, por los austriacos, que el ocho de Mayo se apoderaron de Bolonia; al sur, por los napolitanos, á quien Garibaldi detuvo y derrotó en Velletri el diez y nueve de Mayo; al oeste, por los españoles, que desembarcaron en Terracina. En esta situación, rechazadas por el gobierno de París las condiciones convenidas entre su delegado Fernando de Lesseps y el triunvirato romano, Luis Napoleón mandó á Oudinot, cuyas fuerzas se habían elevado á treinta mil hombres, atacar de nuevo á Roma. De treinta mil infantes constaba también el ejército romano; pero doce mil eran guardias nacionales, utilizables no más que en la defensa de los muros y en el servicio interior. El cuatro de Junio comenzó el general francés las operaciones del sitio; el trece rompió el bombardeo, y el veintinueve por la noche, fiesta cabalmente del príncipe de los Apóstoles, á la luz de la cúpula de S. Pedro iluminada, que se destacaba en el cielo radiante y grandiosa, ordenó el ataque, logrando apoderarse al amanecer de la colina del Janículo. Desde este instante, la defensa de Roma era imposible. La Asamblea legislativa se reunió en el Capitolio para discutir acerca de las medidas que procedía tomar. Enrique Cernuschi, jefe de la comisión de las barricadas, declaró que la resistencia debía cesar, sin perjuicio, empero, de continuar la Asamblea sus trabajos aun en presencia de la ocupación francesa. Mazzini, más ganoso de notoriedad que de dar buenos consejos, sostuvo que era menester luchar de calle en calle y hacer de Roma una nueva Zaragoza. Llamado Garibaldi y preguntado si juzgaba posible salvar á Roma, contestó: «Se destruirá la mitad de la ciudad, para conservar la otra mitad no más que por unos días.» La Asamblea votó la proposición de Cernuschi; aceptó la dimisión de Mazzini; encomendó al Ayuntamiento, depositario desde este instante del poder ejecutivo, la tarea de tratar con el enemigo, y se disolvió al entrar las tropas francesas, promulgando, como suprema protesta, la constitución republicana, que había elaborado durante el sitio. El tres de Junio entró en Roma el general Oudinot, y el catorce hizo proclamar la restauración de la soberanía temporal del Papa.

El mismo día de la capitulación, Garibaldi reunió á sus voluntarios en la plaza de San Pedro, y les dirigió esta enérgica arenga: «La fortuna que hoy nos vuelve la espalda, nos sonreirá mañana; mostrémonos fuertes y desafiemos sus caprichos. En tanto, hé aquí lo que ofrezco á los que quieran seguirme: hambre, sed, frío y calor. En vez de municiones, continuos alertas; en vez de pólvora, combates á la bayoneta, marchas forzadas día y noche, la vida del soldado, en fin: el que ame la gloria que me siga». Proponíase Garibaldi internarse en Toscana para reanimar la guerra contra los austriacos, y de allí, según le anduviese, correrse al Piamonte ó á Venecia. Al salir de Roma la tarde del siguiente día, fueron con él catorce mil infantes y ochocientos caballeros. La empresa de Garibaldi era imposible, y hubo menester de todo su maravilloso talento de táctico en

esta guerra de sorpresas, para poder continuarla durante algunos días. Acosado siempre, hoy por las tropas francesas, mañana por las austriacas, cuya persecución no podía burlar con rápidas retiradas, vió en breve sus soldados disminuir por continuas deserciones. No pudiendo operar en Toscana, donde las tropas del archiduque Ernesto le habrían aplastado, pasó el Apenino, en la noche del veintiséis al veintisiete de Julio, y bajó á la Romanía, donde tampoco halló sosiego, incesantemente perseguido, hasta que, en la noche del primero al dos de Agosto, en Cesenatico logró embarcarse con su pequeña tropa en trece barcas pescadoras, para ir á combatir en Venecia como había combatido en Roma. Hallábase ya en vista del león de San Marcos, cuando se le echaron encima tres buques de guerra austriacos, que le apresaron ocho de sus lanchas, pudiendo ganar con las otras la playa de Mesola. Desde este instante, ya solo pensó en salvar la vida, huyendo al través de los bosques y de las montañas. Sus hijos y sus amigos más fieles, presos por los austriacos, fueron fusilados; su valerosa mujer Anita murió de fatiga, y él, disfrazado y por senderos extraviados, pudo llegar á Ravena, atravesar la Toscana y embarcarse en las costas del Piamonte para América.

La bandera de la independencia italiana ya sólo ondeaba en los muros de Venecia, cuyos habitantes, bloqueados desde el mes de Septiembre de mil ochocientos cuarenta y ocho, iban á dar á Italia y al mundo un admirable ejemplo de heroísmo, de concordia y de unión. Cuando la noticia del desastre de Novara les hubo arrebatado toda esperanza de socorro, la Asamblea nacional publicó el dos de Abril de mil ochocientos cuarenta y nueve este sencillo decreto: «Venecia resistirá hasta la muerte; Manin queda investido de poderes ilimitados». La primera operación del ejército austriaco, fuerte de treinta mil hombres, fué la toma de la fortaleza de Malghera, llave de Venecia por la parte de tierra firme. El nueve de Mayo se rompió el fuego; la fortaleza resistió hasta el veinticinco, merced á una larga serie de audaces y brillantes aventuras por parte de las tropas venecianas. «Cuando los parapetos fueron demolidos por las bombas, dice Gnoinsky, cuando las bóvedas de las casamatas amenazaron hundirse, cuando setenta y cuatro mil proyectiles hubieron surcado el suelo de la fortaleza, no hubo más remedio que ceder abandonando al enemigo aquel glorioso campo de batalla.»

Evacuada Malghera, el principal punto estratégico, así para el ataque como para la defensa, era el puente de la vía férrea que atraviesa la laguna, pudiendo servir de camino á los austriacos para tomar la ciudad por asalto, y á los venecianos de puesto avanzado para contener á los sitiadores en tierra firme. Allí ordenó Manin levantar un fuerte llamado *Piazzale*, que fué teatro de los últimos y sublimes esfuerzos de los defensores de Venecia. Por desgracia para éstos, á las privaciones consiguientes al sitio se juntaron dos azotes, el hambre y la peste. «Los más ricos bebían agua mezclada con vinagre, y se contentaban con un plato de legumbres», sigue diciendo Gnoinsky. Los estragos del có-

lera fueron espantosos, y para combatirlo «no había medicamentos, ni pan, ni carne, apenas unas cuantas gotas de láudano, que se pagaban á precio de oro, muy contados limones, arrebatados á la fuerza, y algún que otro pedazo de hielo, que los farmacéuticos componían por medio de sales químicas». En medio de tan tremendas pruebas, la población veneciana mantenía su ardor patriótico, amontonándose en las inmediaciones del puente de la vía férrea para aplaudir á los intrépidos defensores, que desafiaban la muerte en las trincheras del *Piazzale*. Esta agonía de la República veneciana duró cerca de dos meses, desde primeros de Julio hasta el veintiséis de Agosto.

En la noche del veintinueve de Julio, noche espléndida, admirable, cuando parte de la población estaba paseándose aún por las calles, veintiocho cañones y morteros comenzaron de improviso á vomitar proyectiles sobre Venecia. El pánico fué horroroso: los venecianos habían creído siempre su ciudad á salvo de la artillería de los sitiadores. Los habitantes de los populosos cuarteles del *Canaveggio* y de *Santa Croce*, los más castigados por el fuego, huyeron en tumulto hacia el centro, donde todas las moradas se abrieron para recibirlos. El valor de Venecia no decayó; pero á medida que transeurrían días, cada vez más apurados los recursos y sin esperanza de recibir socorro de fuera, fué cundiendo el convencimiento de que era necesario capitular. Para tratar de este asunto, Manin convocó el veintuno de Agosto á la Asamblea nacional, que resolvió conferir al dictador amplias facultades para proceder como estimase más conveniente al honor y á las necesidades de la ciudad. Manin creyó salvar la dignidad de la Asamblea y la suya propia transfiriendo las atribuciones que aquélla le confiriera al Ayuntamiento, que á las pocas horas concertó con los representantes del Gobierno imperial las condiciones de la capitulación, entre las que se contaba la amnistía para todos los soldados y oficiales. No más que cuarenta ciudadanos, á la cabeza de los cuales figuraban Manin y Tomaseo, fueron condenados á destierro en artículo especial. El veintisiete de Agosto, el Presidente de la República veneciana, el omnipotente dictador, vuelto á la condición de simple ciudadano, se embarcaba con rumbo á Francia, yendo á establecerse en París, donde pasó el resto de sus días en la pobreza, dando lecciones de lengua italiana, que no había de volver á hablar en su patria.

Así sucumbió la Italia republicana, como había sucumbido la Italia monárquica. Los dos partidos que sucesivamente tuvieron en sus manos la dirección de la vida pública, habiáanse mostrado igualmente impotentes para realizar sus fines: el uno, por haber confiado en los príncipes, enemigos de la unidad italiana; el otro, por haber contado con el pueblo, incapaz aun de gobernarse á sí mismo. Por otra parte, uno y otro habían sido demasiado fáciles en creer que Italia podía triunfar por sí sola de un adversario tan poderoso como Austria. Mas no todo se había perdido. De la experiencia fracasada se desprendían, al par que lecciones, motivos de esperanza para un porvenir no lejano. Al lado